

Hoy y siempre el campo, como motor de desarrollo

Por Susy Inés Bello Knoll y Rufino Gutiérrez Ketelhohn

A partir de la Constitución en 1853 se inicia el proceso de organización nacional. Es en ese momento cuando el Estado Nacional instrumenta una política que se basa en la importación de productos manufacturados y en la exportación de productos agropecuarios, aprovechando la benevolencia de la pampa argentina. La actividad del sector, desde los orígenes de la historia institucional de nuestro país, cumple una función decisiva dentro de la dinámica económica.

Durante más de cien años, y hasta la fecha, el campo ha seguido participando activamente. Después de más de un siglo el “gaucho” sigue siendo el personaje representativo del argentino. Pero lamentablemente en extinción, producto de emigración rural que responde a la falta de incentivos. Todo esto, gracias a la dicotomía existente, campo versus ciudad. Convirtiéndose así, tan solo, en un personaje folklórico “for-export”. Abandonándose la transmisión de la tradición por falta de arraigo.

Hoy, con un pasado común de riqueza pero también de sufrimientos y penurias, en medio de una situación de crisis, se vislumbra la posibilidad de recuperación pensando en el agro como motor a corto plazo desde el punto de vista fiscal. Sin tener en cuenta la potencialidad multiplicadora a largo plazo.

La productividad agrícola-ganadera ha crecido en todo el mundo y competir supone un duro esfuerzo, pero existen razones suficientes para pensar que se lograría competitividad de las producciones argentinas, que se ven beneficiadas por un sistema productivo más natural. Con un mínimo de mejoras tecnológicas se obtendrían grandes resultados. De hecho, la idiosincrasia del productor agropecuario muestra claramente una gran tendencia a la reinversión cuando los márgenes lo estimulan y se lo permiten.

Ningún resultado positivo se obtendrá si se continúan las políticas erráticas que no consideran los intereses del campo como intereses del país.

Los productores no esperan que se les otorguen privilegios, no reclaman subsidios ni reembolsos; sólo piden que no se discrimine en su contra a través de retenciones, tipos de cambio retrasados, altos impuestos a la tierra, o falta de claridad con respecto a las cargas impositivas internas sobre las exportaciones.

No bregan por la protección del Estado sino que claman por más eficiencia. Solicitan el apoyo merecido por su contribución al balance de pagos a mediano y largo plazo, para no tener que repetir aquello que decíamos a un periodista rural en abril de 1986: “la mejor invernada es el plazo fijo” (diario Clarín, 19-04-1986).

Los créditos del sector deben ser efectivos instrumentos de desarrollo que alienten las inversiones productivas, desprovistos de condicionamientos burocráticos para su obtención.

La infraestructura de transporte, almacenaje y puertos debe estar acorde con las necesidades de la actividad. Se ve con gran preocupación el continuo deterioro de las comunicaciones en todo su alcance, como así también la producción y distribución de energía eléctrica.

Hay que pensar en exportaciones no de materias primas sino de productos elaborados porque es irrenunciable el crecimiento agroindustrial con base en el procesamiento de productos primarios. El resultado de una mala política arancelaria que busca satisfacer las cuentas del Tesoro en el corto plazo, impide, a su vez, que la creación de nuevas industrias que provean de valor agregado a los productos básicos.

Es indispensable el aporte de la ciencia, de la biotecnología y la formación de material humano capacitado. Un programa educativo acorde con el medio en el que viven y en el que van a desarrollar su actividad laboral lo pobladores rurales podría mejorar la especialización y el conocimiento de las tareas con cierto grado de complejidad, que requieren más base técnica para no producir tantos errores como con el aprendizaje empírico. Deberían existir campañas de información sobre las posibilidades de los mercados internacionales que lleven a la competitividad, llegando así a mayor cantidad de éstos, como lo han hecho nuestros hermanos chilenos. Quienes incluso han desplazado y superado a la Argentina, por ejemplo en la tradicional exportación de manzanas.

También se debería concientizar a los trabajadores y productores rurales del gran costo que paga el país a causa de la falta de control sanitario de la fiebre aftosa, como así también del enmalezamiento de los campos.

Son prioritarias las medidas de seguridad para prevenir los robos de ganado y maquinarias y los asaltos a las explotaciones. Se debe proveer del presupuesto necesario a las fuerzas del orden, que normalmente están desprovistas de vehículos y combustibles, a merced de la buena voluntad de las contribuciones de los vecinos.

De lo expuesto se desprende que el desarrollo del sector agropecuario, como herramienta para superar la crisis actual y acompañar el progreso de la nación, depende del rumbo de la política económica y de la capacidad del sector para mejorar la productividad.

Alguien ya enunció que la economía no es sólo un problema de los economistas. Ellos no hacen ni pueden hacer el desarrollo económico. Así como los sociólogos no hacen ni pueden hacer el desarrollo social. Los artífices, son sin embargo, los hombres que libran la batalla diaria de las dificultades de la empresa, los que conscientemente asumen los riesgos, desafían el viento, la inundación, la sequía, el granizo y las pestes.

A pesar de las promesas incumplidas y las propuestas erráticas el campo siempre espera realizar su trabajo eficientemente en un marco de libertad y seguridad jurídica. Es por ello que como decía Vigil, los trabajadores de la tierra se siguen encorvando para llamar con su azada a la puerta de la pródiga naturaleza y depositan la humildísima ofrenda de la simiente, con la esperanza de recoger ciento por uno, o mil por uno, o millones por uno; aguardan el milagro de la abundancia y la perenne alegría; se encorvan de nueva para cosechar su parte: a unos la espiga les resulta llena; a otros vacía.